

dido por *honrado*. Quizás señale á Carbó y Garreta, pero no lo podemos creer. Son tales éstos. nos decía en cierta ocasión Montañá, de quienes jamás podré olvidar las ofensas que me han inferido; la injuria y la calumnia, la traición han empleado contra mí.

Ante la corazonada de que fué usted quien propuso á Garreta para inspeccionar sus cuentas, debemos reirnos; nos produce el efecto del chiquillo que quita un objeto á un compañero suyo y le insta á que le registre los bolsillos, cuando sabe lo guarda en otro lugar que considera seguro. Sabemos en usted gustos muy raros, y tal vez le plazca cuanto han dicho aquellos en su contra con pruebas fehacientes, que por cierto ponen en litigio ese honor de que tanto alardea.

Esto de que un acto de justicia le movió á unirse con sus propios enemigos, tendrá que contárselo á su tía, que nosotros no podemos creerlo. También debió de ser acto de justicia, cuando la Junta presidida por usted expulsó de La Unión Liberal á Garreta por insolente y ordenó además á su hijo Juanito expulsara al propio Garreta de la sociedad "Colonia", de la que dicho su hijo de usted era presidente y á la sazón estaba domiciliada en el local de aquella.

Lo que le impulsó á unirse con sus enemigos fué el afán inmoderado de hacerse dueño de la administración del café, esa maldita *llave de la bodega* que ni por sus bajezas de usted, súplicas y amenazas quiso ir á sus manos ¡De tal modo le conocería! Los otros se le unieron, porque sólo podían hallar la salvación amparándose en su egoísmo de usted. El acto le fué muy humillante sin duda alguna; más de una vez, orgulloso y todo, lo habrá usted reconocido, y algún verdadero amigo le habrá observado que su error mas grande consistió en pactar con esos insensatos, sin responsabilidad moral que llevan consigo aparejados el descrédito y la impudencia. Usted sí que observó la verdadera mónica jesuítica: el fin justifica los medios, se dijo, y á ellos se fué, quienes quiera que fueren los aliados, esperando saciar su ambición.

Expulsados por su culpa de usted y no por su causa, que no sostienen ninguna, en efecto lo han sido y por motivos bien fundados. No se insulta ni se atropella impunemente dentro una sociedad digna. El Sr. Estrany, como usted, era socio de La Unión Liberal y bien podía llegar á presidirla, á no ser que usted se considere con méritos muy superiores, ó que hubiese llegado á presidente por sistema hereditario y la gracia de Dios. Falta á la verdad diciendo que á Estrany le incluyó usted en candidatura; podríamos darle el nombre de quien le propuso. Lo que hizo fué convenir en el nombramiento de aquella Junta de la que designó algunos individuos, ninguno de los cuales era el Sr. Estrany, como solución para aunar las voluntades de todos, concordia que quebrantó usted al vislumbrarse la ocasión de apoderarse de la administración del café.

Si el Sr. Montañá y los suyos sintiesen esa democracia que propagan y de que tanto blasonan, sabrían que en toda sociedad culta, los asuntos se resuelven por voluntad de la mayoría; no se priva de que luche, de que se defienda la minoría, pero esta lucha ha de contenerse dentro los límites de la legalidad y del sentido comun. Una minoría ha de llevar siempre el convencimiento de su impotencia; su principal interés debe consistir en abrir brecha por entre la mayoría con buena argumentación y duros ataques si es preciso, nunca con insultos; no puede separarse de esta norma, llevando como fin el logro de ser de la mayoría, es decir, conseguir la atracción de la voluntad de ésta. Si vosotros hubieseis procedido así, hoy estaríais dentro la mayoría en La Unión Liberal. Ejercer la violencia, emplear el insulto, recurrir á la amenaza ó al atropello por no haber alcanzado victoria, esto es suicidarse, es buscar lo que habeis obtenido: ser expulsados.

